

Ana Barrera Pastor

CARTAS DESDE HUNGRIA

Platero
COOLBOOKS 

Título: Cartas desde Hungría

Primera edición: junio, 2023

Segunda edición: septiembre, 2023

Tercera edición: febrero, 2024

Cuarta edición: octubre, 2024

© 2023, del texto Ana Barrera Pastor.

© 2023, de la fotografía de solapa Francisco José López

© 2023, de la edición, maquetación y diseño Platero CoolBooks.

© Platero Editorial S.L.

Glorieta Fernando Quiñones s/n .

Edif. Centris, planta 2, módulo 10. 41940 Tomares (Sevilla)

info@plateroeditorial.es

www.plateroeditorial.es

Diseño de portada: Platero CoolBooks.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa de los titulares del copyright.

Printed in Spain-Impreso en España

ISBN: 978-84-1949265-4

Para mis padres.

A ti, mamá, que desde pequeña me inculcaste el amor por la lectura. A ti, papá, por demostrarme que la palabra rendirse es sólo eso, una palabra. Y a los dos por regalarme un amor que, hasta que no tuve hijos, no descubrí que fuese tan puro e infinito.

Índice

Las gemelas.....	9
El repudio	19
La nueva madre	27
Los Kupfer	35
Los Herbach, 1915.....	39
La visita de la abuela	43
Herend	49
La sala de juegos	57
La confesión	65
El balcón helado	73
La oportunidad	77
El viaje.....	81
La idea.....	87
Convencida.....	91
La entrega	97
El entierro.....	101
La llegada.....	105
La debilidad de Mencía.....	113
La pequeña Mencía	117
La muerte de Antonio.....	123
La partida.....	129
Luis	133
Los Ara.....	137
La hija de doña Carmen	143
Antonio.....	151

La pedida	159
Antoñito.....	165
Juan y Carmen	171
La vida sin Adèle	181
Akos.....	191
La fábrica	199
Samuel.....	205
Ángel Sanz Briz.....	211
La huida	217
El cuadro.....	221
Solas.....	225
El director	233
La boda	243
La familia española.....	249
Imara	253
Arrepentida	261
La abuela.....	263
János	267
Regreso a España, 1990.....	273
La muerte de don Juan.....	287
De vuelta al mar.....	297
Lucía	303
El final del viaje.....	307
Epílogo	311
Agradecimientos.....	312

Las gemelas

Budapest, invierno de 1926

A sus seis años, rara vez despertaba en mitad de la noche. Sin embargo, esa madrugada, unos ahogados y lastimeros gemidos intentaban arrastrarla desde su profundo sopor infantil hasta la realidad de su dormitorio. Se revolvió sin darle importancia, pues a su edad los sueños la atrapaban con fuerza: los paseos con sus padres, Péter y Adéle, a orillas del río Danubio; las clases con Berta, la institutriz; las bromas que le gastaba el matrimonio formado por Samuel, el chófer, y Sara, la cocinera, que preparaba el mejor *flódni* de nueces y manzana de Budapest. Pero sobre todo le gustaba soñar con su niñera, la joven Liza, la única hija de Samuel y Sara.

Los sueños donde aparecía Liza eran dulces y tranquilos, o algunas veces tan divertidos que la hacían reír incluso mientras dormía, despertando la curiosidad de la niñera:

—¿Se puede saber qué has soñado esta noche, granujilla? ¡Te has pasado un buen rato riendo!

—¡Contigo, he soñado contigo, Liza! —le respondía ansiosa por contarle el sueño—. Fuimos a merendar a la cafetería Kekszet, pedimos un chocolate y uno de los camareros, el que tiene la barriga tan gorda, se sentó con nosotras a tomarse otro... ¡y se manchaba toooodo el bigote! —continuaba entre carcajadas—, ¡nosotras no parábamos de reír, pero él no se daba cuenta y seguía bebiendo y hablando sin parar!

Mencía adoraba a su niñera. Le encantaba presumir de ella

cuando salían a pasear al parque cogidas de la mano. Había visto a algunas que reñían y daban tantas órdenes a los niños que la pequeña se sentía aliviada porque la suya fuera tan tierna. «¡Mira, Liza, aquella tiene bigote!», decía riendo y en voz alta la pequeña, tanto que Liza la tenía que reprender, aunque a continuación le susurraba divertida que tenía razón: «la verdad es que parece un militar con ese mostacho», y al final acababan riendo las dos a carcajadas.

Pero los gemidos se hicieron cada vez más fuertes y, unidos al repicar de las campanas de la iglesia que se encontraba en la plaza justo al lado de la casa, acabaron despertándola por completo. Intentó abrir los ojos adaptándolos a la oscuridad y observó extrañada que Liza ni siquiera se había llegado a acostar aquella noche en su cama, junto a la suya, sino que seguía acurrucada en el sillón tapada con una gruesa manta.

El día anterior no había sido un día normal: Adéle, su madre, había estado quejándose desde mediodía manteniendo a su padre muy pendiente de ella y de cada una de sus idas y venidas por el gran salón decorado al estilo *art nouveau*, haciendo juego con la arquitectura de la casa mandada levantar al gusto de sus jóvenes padres, unos enamorados de esta corriente artística, sobre el solar que los abuelos maternos, los Kupfer, le habían regalado a su hija a orillas del Danubio en la zona de Buda para que construyeran su hogar.

Llegada la tarde, el marido comprobó preocupado cómo su mujer se encogía de dolor llevándose las manos al vientre y emitiendo algo parecido a uno de esos gemidos lastimeros como el que la había despertado. Mencía había corrido entonces hasta su madre preocupada y Adéle, como de costumbre, la tranquilizó con un gesto de cariño:

—Mamá, ¿estás enferma?

—No, tranquila, no estoy enferma.

—Entonces, ¿por qué te quejas, te duele la barriguita?

Adéle se fue a sentar al sofá más cercano agarrando a su hija dulcemente de la mano y sentándola junto a ella mientras Péter,

con semblante preocupado, pero lleno de ilusión, las observaba apoyado sobre la puerta de su despacho:

—Mencía, cariño, ¿recuerdas que hace poco te contamos que pronto vendría a casa un hermanito o una hermanita?

—Sí —contestó ilusionada—, ¿es que va a venir hoy?

Péter y Adéle se miraron sin poder evitar una sonrisa.

—Creo que sí, aunque va a ser un poco travieso y va a llegar un poco antes de lo que esperábamos —contestó Adéle.

—¿Y por eso te duele la barriga, porque va a venir y estás nerviosa? Es lo que me dijiste el día de mi cumpleaños, que me dolía la barriga por culpa de los nervios esperando que llegase la hora de la merienda y poder abrir mis regalos.

—Seguro que es eso, seguro —le dijo mientras la abrazaba con ternura—. Por eso me voy a mi dormitorio a descansar un rato, ¿de acuerdo?

—Claro, mamá. ¡Y no te preocupes que papá y yo esperaremos aquí por si llega el bebé!

Péter y Adéle no pudieron reprimir una carcajada mientras esta se levantaba del sofá para dirigirse hacia las escaleras. De repente se quedó parada en mitad del salón al tiempo que Mencía y su padre miraban cómo la madre, dando un respingo, dirigía la vista hacia sus piernas y al líquido que fluía entre ellas. El matrimonio se miró preocupado, y Péter corrió al lado de su esposa:

—¡Liza, Liza! —llamó el padre con urgencia.

—¿Ocurre algo? —preguntó la niñera, que apareció al instante.

—¡Ocúpese de Mencía y diga que avisen al médico inmediatamente!

Liza cogió a Mencía en brazos y salió rápidamente del salón:

—Sí, señor, ahora mismo. Vamos a la cocina, pequeña. Allí está mi madre preparándote un chocolate caliente, ¿te apetece?

Al imaginarse la dulce taza humeante, la niña se olvidó por completo de sus padres, que comenzaron a subir lentamente las escaleras, pero se detuvieron cuando de repente otra contracción hizo a la mujer detenerse por el dolor:

—Cariño —le susurró Péter a su mujer—, tenía la esperanza

de que fuese una falsa alarma, aún quedan tres semanas para el parto.

—Por lo visto tiene ganas de llegar —dijo Adèle sonriendo asustada, pero con toda la ilusión de una madre por tener a su hijo por fin entre los brazos—. No creo que tres semanas menos tengan mucha importancia.

Y ahora, en plena madrugada, había vuelto a escuchar aquellos lamentos. Pero no eran solo los gemidos que ella escuchó el día anterior lo que la había despertado: oía a su madre gritar, aullar de dolor... se le encogió el corazón. ¿Qué estaba ocurriendo? Pensaba esperar la llegada del bebé junto a su padre mientras su madre descansaba, pero él subió con ella y no volvió a verlo en toda la tarde. Todos estaban nerviosos en la casa, incluso Liza, que ni siquiera se había querido meter en la cama «por si la necesitaban», según le había dicho a Mencía ante la extrañeza de la pequeña. La madre volvió a gritar de repente despertando aún más su curiosidad e inquietud. Se levantó de la cama y se puso la bata y las zapatillas sigilosamente. Hacía frío, la chimenea casi estaba apagada y unas pocas ascuas apenas emitían un leve fulgor a su alrededor.

Tenía que saber lo que estaba ocurriendo. Seguro que ella podría consolar a su madre igual que esta lo hacía cuando ella había estado enferma, cuando se hizo daño en la rodilla corriendo en el parque que había junto a su casa o cuando sus primos la escucharon hablar en español con su padre y se pasaron toda la tarde burlándose de ella: «no debes avergonzarte ni estar triste», la consoló su madre, «se burlan porque en el fondo se sienten inferiores. Tú sabes hablar otro idioma y ellos no. Por cierto, dice papá que cada vez lo haces con más soltura, eres una niña muy lista». Su madre siempre sabía animarla con los comentarios más dulces.

Mencía intentó abrir la puerta, pero Liza la había cerrado con llave. Solo le quedaba otra forma de salir: por la puerta que daba al inmenso balcón que recorría toda la fachada de la primera planta y donde nunca la dejaban estar sola. Se acercó hasta la puerta de cristales, descorrió un poco las gruesas cortinas y miró hacia

fuera. Nevaba suavemente y el suelo estaba cubierto de un manto blanco. Abrió haciendo el mínimo ruido posible, salió y volvió a cerrar lentamente sin quitar ojo a Liza, que ni siquiera se inmutó. El frío era cortante y las zapatillas no le ayudaban lo suficiente a mantener calientes sus piececitos, que sentían crujir la nieve que pisaban. Por encima de la balaustrada cubierta de copos, ambas orillas del río Danubio refulgían doradas por las luces de los edificios, sobre todo por las del grandioso parlamento al otro lado de la orilla, cuya cúpula flanqueada por una orgullosa torre a cada lado parecía vigilarla desde allí. A la derecha contempló el campanario de la iglesia, tan cercano e imponente que parecía reprocharle desde su altura lo que estaba a punto de hacer.

Comenzó a caminar hacia la izquierda y pasó por delante de la puerta de la sala de estudios donde pasaba casi todas las mañanas con Berta, la institutriz, menos aquellas en las que su padre, para regocijo de Mencía, se dedicaba a ella por completo, ¡era el mejor profesor! Todo lo que le enseñaba lo hacía con paciencia y no como la señorita Berta, que no dudaba en regañarle a la mínima distracción. Dejó atrás la puerta de la sala de juegos y la del dormitorio de invitados y, al pasar por la de la sala de estar de sus padres, que comunicaba por dentro con el dormitorio, se paró en seco: su padre, apoyado en la chimenea, observaba el fuego muy serio, tanto que le pareció preocupado. Mencía avanzó sigilosamente un poco más hasta la puerta del balcón del dormitorio de sus padres y comprobó con decepción que las cortinas estaban echadas y no podía ver su interior. Pegó el oído a los cristales para poder escuchar con claridad los murmullos, dando un respingo del susto cuando una de las criadas, sin percibir su presencia, descorrió un poco las cortinas y abrió levemente una de las hojas.

—¿Se encuentra mejor, señora Liszt? —preguntó el doctor Biró al que Mencía, que siempre acostumbraba a ver tan seguro de sí mismo, se le antojó nervioso e incluso asustado en esos momentos.

—Sí, gracias, doctor. Me faltaba el aire... estoy muy cansada, ya no puedo más.

—Tranquila, señora Liszt, ya falta poco. En la próxima contracción empuje lo más fuerte que pueda y verá que pronto acaba todo.

—Ya no me quedan fuerzas, le aseguro que no puedo empujar más.

—Sí que puede, ya verá que sí. Es lo mismo que oigo decir a todas las parturientas justo antes de dar el último empujón.

Mencía se fijó a través de los cristales en la cara de cansancio de su madre, que parecía agotada, y en las dos criadas llevando agua caliente y paños desde la chimenea hasta donde se encontraba el doctor, a los pies de la cama. ¿Qué estaba ocurriendo, es que su madre iba a morir? Sabía que si alguien se ponía muy enfermo podía morir e ir al cielo. Así se lo había explicado su padre cuando el abuelo Zoltan falleció hacía solo unos meses:

—El abuelo estaba muy enfermo y cansado, tanto, que ahora descansa en el cielo junto a la abuela Aneska.

—¿Entonces ya no tienes ni papá ni mamá?

—No, ya no, pero os tengo a vosotras y eso me hace sentir muy bien. Y tú aún tienes al abuelo Ferenc y a la abuela Aliz, que te quieren mucho.

Mencía no recordaba a la abuela Aneska, que había muerto poco después de nacer ella, pero desde que el abuelo murió lo echaba mucho de menos. La abuela Aliz era muy buena y cariñosa con ella, pero el abuelo Ferenc, el abuelo serio, como lo llamaba ella, no le gustaba ni la mitad que el abuelo Zoltan. Era tan formal que a veces hasta le asustaba, mientras que el abuelo Zoltan siempre que venía a visitarla la sentaba en sus rodillas y le leía los cuentos que le escribía tanto a ella como a sus primos: historias con princesas que luchaban tan valientemente como príncipes, dragones que en vez de fuego escupían nubes de caramelos, campesinas pobres que perdían a sus corderitos para luego encontrarlos en cuevas llenas de tesoros... pero se había ido al cielo para no volver nunca más. No quería que su madre hiciera lo mismo. El doctor Biró tenía que curarla, no podía dejarla que se fuera al cielo y que ella y su padre se quedaran solos.

—No puedo más, no puedo más —dijo su madre casi en un susurro mientras dejaba caer la cabeza en dirección al balcón.

Mencía creyó por un momento que la iba a descubrir, pero observó que tenía los ojos cerrados.

—Se ha desmayado, doctor —dijo preocupada la enfermera.

—No es de extrañar, lleva horas de parto y ha perdido mucha sangre —dijo el doctor mientras dirigía alertado la mirada entre las piernas de Adéle—. ¡Traigan más paños, vuelve a tener otra hemorragia!

La pequeña descubrió aterrada cómo una mancha roja empapaba la cama, «¡sangre, mamá está sangrando!».

Observó cómo su madre volvía en sí y se agarraba a las sábanas con fuerza, con rabia. La enfermera, a una orden del doctor, le acomodó los almohadones a la espalda para mantenerla más erguida. De repente, la cara de su madre se contrajo en una mueca de dolor, el doctor la animó a empujar y ella emitió un grito que dejó a Mencía petrificada. Jamás se habría imaginado a su madre gritando de esa forma. Su madre, siempre tan dulce... Se le partió el corazón al verla así. ¿Qué le estaba ocurriendo, por qué nadie le había explicado que estaba tan enferma?

—¡Empuje, empuje, señora Liszt! ¡Un poco más y todo habrá terminado! —afirmó el doctor tratando de animarla.

Adéle con las piernas abiertas y la barbilla sobre el pecho, aullando de dolor y con la cara completamente roja por el esfuerzo, empujaba sin resuello. De repente se dejó caer de nuevo hacia atrás jadeando de cansancio.

—¡Por fin, señora Liszt, por fin! —dijo el doctor Biró—. ¡Aquí tiene a su hija: pequeña, pero sana y salva!

Mencía no podía creer lo que veía: ¿el médico había sacado algo parecido a un bebé blanquecino y manchado de sangre de entre las piernas de su madre? Esta comenzó a llorar a la vez que reía mirando aquel pequeño bulto de carne ya en manos de la enfermera que, sin perder ni un segundo, llevó hasta una bañerita cerca de la chimenea para lavarlo. El bebé, que cada vez se tornaba más rosado, le empezó a parecer a Mencía un poco más real. De

repente, otra contracción volvió a hacer revolverse a su madre de dolor y el médico, mirando entre las piernas con cara de asombro, volvió a pedirle que empujase otra vez.

—¡Lo siento, doctor, estoy agotada! —dijo Adéle desesperada.

—¡Tiene que empujar, señora Liszt, viene otro bebé!

«¡Otro bebé!», pensó asombrada Mencía cuando, de repente, sintió que una mano le apretaba el hombro. Casi se muere del susto si no hubiera sido porque al volverse vio a su padre, que la tranquilizó con una sonrisa.

—Entremos a la sala, no deberías estar aquí, podrías pillar un buen resfriado.

Péter cogió de la mano a su hija y, lanzando una fugaz mirada hacia el interior del dormitorio, entraron por la puerta del balcón a la sala de estar. Se acomodaron en el sofá frente a la chimenea y el padre, cogiendo las manos de su hija, las orientó hacia el fuego para calentarlas.

—Me he despertado porque he oído... ¿por eso gritaba mamá, por los bebés? Han salido de entre sus... piernas.

—Hija, eres muy pequeña para haber presenciado un parto.

—¿Un parto, qué es un parto?

—Verás, Mencía, ya te dijimos que hoy vendría el bebé, ¿no es así?

—¡Han venido dos, papá, dos! Y han salido... ¿Dónde estaban metidos?

—Bueno, creo que después de lo que has visto mereces una explicación: todos los bebés están en el vientre de sus mamás hasta que están preparados para salir, y hoy ha sido el momento de salir de tus hermanos.

—¿Salen por la barriga? ¿Por eso mamá gritaba, porque le dolía?

—Sí, por eso gritaba. Pero nada más nacer, el dolor se convierte en alegría para todas las madres.

—¿Y mamá también gritó cuando yo salí de su barriga?

Péter la miró fijamente a los ojos y, acariciándole su oscuro pelo, contestó:

—Sí, Mencía, tu mamá también gritó cuando saliste de su barriga.

Después de un rato, la puerta que comunicaba el dormitorio con la sala de estar se abrió de repente apareciendo el doctor que, al ver a Mencía, sonrió.

—Vaya, no sabía que estabas acompañado. Me alegra comunicaros que ya ha pasado todo: tus hijas se encuentran en perfecto estado, aunque la madre va a necesitar mucho descanso y reposo. Podéis pasar a conocer a las dos pequeñas, señor y señorita Liszt, ¡porque han sido gemelas!

Péter fingió sorprenderse y, mirando y guiñando un ojo a su hija, añadió:

—¡Gemelas, dos hermanitas para Mencía! ¡Vaya sorpresa nos has dado! Gracias, doctor Biró, estamos deseando ver a las tres heroínas de la noche.

Mencía se agarró tímidamente al pantalón de su padre y entraron en el dormitorio donde la madre, agotada y pálida, los saludó con una sonrisa:

—Pero, ¿qué haces despierta a estas horas, Mencía? No podías aguantarte las ganas de conocer a tus hermanitas, ¿verdad, cariño? —dijo casi en un susurro.

—¿Ya no te duele la barriga, mamá?

—No, mi amor, ya no me duele— contestó casi sin fuerzas.

Ambos abrazaron y dieron un beso a Adéle, pero Mencía se soltó rápidamente y se asomó a la cuna donde dos pequeños bebés, envueltos en muselina blanca y dejando ver tan solo sus caritas, dormían plácidamente.

Ágnes y Kamilla se afanaban en recoger el dormitorio mientras su padre escuchaba muy serio al doctor, que le hablaba en voz baja. La niña pudo distinguir las palabras «mucha sangre, bebés muy pequeños y descanso», pero la contemplación de las pequeñas le pareció más interesante que cualquier conversación.

Sin embargo, y para disgusto de Mencía, una de las criadas la cogió en brazos dejando que antes se despidiese de su madre con un sonoro beso y la devolvió a su dormitorio donde Liza,

profundamente dormida, se incorporó asustada del sillón para abrir al escuchar los golpes en la puerta:

—¡Ya han venido mis hermanas, Liza! —gritó mientras se echaba al cuello de la niñera.

—¿Cómo... tus hermanas? —preguntó confundida.

—¡Duermes como un tronco! —bromeó la criada—. Sí, ya han venido las hermanitas de Mencía, y son gemelas. La señora debe descansar, así que ocúpate de que esta granuja se duerma y no la moleste.

—¡Gemelas!

—¡Sí, y mañana podré jugar con ellas!

—¿Mañana? Muy pronto me parece eso a mí, vamos ahora mismo a la cama. Por cierto, ¿cómo has salido de la habitación sin que yo me entere, granujilla?

A pesar de lo tarde que era y para desesperación de Liza, el entusiasmo que sentía la pequeña no le permitía conciliar el sueño. Mencía no paraba de fantasear y hablar sobre todo lo que se le pasaba por la cabeza: los nombres que le pondrían a las hermanas, a qué jugarían, los paseos que les darían por el parque...

—¡Mencía, duerme ya de una vez! Mañana la señorita Berta no va a tener compasión y te hará leer y escribir igual que todos los días, que lo sepas.

Al escuchar el nombre de la institutriz, la pequeña guardó silencio y se quedó dormida por fin.

El repudio

Budapest, primavera de 1927

El invierno había pasado muy lento y Adéle, presa de una eterna indolencia, casi no había salido de su dormitorio desde el alumbramiento. Mencía no entendía qué estaba ocurriendo y sufría desconcertada el cambio que se había producido en su madre: la apatía que mostraba los contados ratos que pasaba junto a ella y la repentina falta de ternura, tan acostumbrada como estaba a su dulzura y a sus atenciones, era desconcertante para la pequeña. Cuando iba a verla a la habitación de la mano de Liza o de su padre percibía el poco interés que le mostraba. Todo se reducía a un rápido y casi de compromiso beso para pedirles al momento que se marchasen con la excusa de que necesitaba descansar. ¿Es que ya no la quería? ¿Era por culpa de las gemelas? Algunas veces había coincidido en la habitación con Erika y Gréta y lo cierto es que la madre no les dispensaba mucha más atención que a ella. Mencía, a pesar de sus siete años, se daba cuenta de que la transformación que había experimentado su madre afectaba también a su padre y, cuando la pequeña se lamentaba por el cambio de actitud de la madre, este le pedía que tuviera paciencia, que aún estaba muy cansada y que pronto volvería a ser la mamá de antes.

La primavera, poco a poco, intentaba tomar el relevo después de aquel frío invierno: la hierba crecía en la orilla del río y en el pequeño jardín junto a la iglesia de la plaza Szilágyi, justo al lado de la casa, ya brotaban pequeñas flores junto a las cada vez más verdes copas de los árboles, desnudos durante los pasados meses.

Le encantaba salir a jugar allí, con la iglesia de los cuentos del abuelo en el centro y rodeada de árboles, aunque no conocía el interior al ser una iglesia protestante. Ansiaba entrar y conocerla por dentro. El abuelo Zoltan le aseguraba que en una torre igual que aquella, de ladrillo rojo y doradas tejas de cerámica, en unas tierras muy lejanas, se encontraba presa la Reina de las Hadas esperando a que la liberasen.

Mencía, cuya curiosidad por entrar se hacía cada vez mayor, no entendía la razón que Liza le daba para negárselo. Cuando la niñera se despistaba se asomaba a la puerta y observaba al sacerdote, un hombre mayor que siempre le sonreía pareciendo adivinar sus pensamientos, pero Liza le regañaba y la llamaba a su lado advirtiéndole que esa no era su iglesia y que no volviera a hacerlo.

—¿Por qué no podemos entrar? Esta iglesia está justo al lado de casa y, sin embargo, tenemos que oír misa en la Iglesia de Matías, que está lejos de aquí.

—Mencía, te he repetido más de cien veces que esta no es una iglesia católica y que por eso no debes entrar.

—¿Y tú tampoco puedes? Porque tampoco entras en la Iglesia de Matías y seguro que no te pasará nada si lo haces. Yo entro cada domingo.

—Sabes de sobra que soy judía y que los judíos vamos a nuestras sinagogas, así que cada cual entra donde debe.

Mencía agradecía el buen tiempo porque con él su madre siempre le pedía a Liza que la sacase a pasear. A veces incluso la acompañaba para, de camino, hacer alguna compra o ir a visitar a alguna amiga, aunque desde que nacieron las gemelas no había vuelto a pisar la calle.

Sin embargo, el primer día que amaneció por fin con un sol radiante después de semanas de constante lluvia, su madre no dijo nada al respecto. Fue Mencía la que casi suplicante y deseando salir de casa fue a buscar a Liza a la cocina, donde la niñera se encontraba bordando, para pedirle que salieran a dar un paseo.

—Sabes que no soy yo quien da las órdenes en esta casa, pequeña —le contestó soltando las labores sobre su regazo.

—Ya, pero es que mamá no ha dicho nada y hoy hace sol.

—Tengo una idea: vamos a buscar a tu padre, que él le pregunte a mamá a ver si está de acuerdo y entonces podremos salir.

Mencía se agarró con ilusión de la mano de Liza y, cuando se disponían a salir, escuchó cómo Sara susurraba: «pobre señora, desde el parto no ha vuelto a ser la misma». Liza la reprendió con la mirada, pero la madre siguió añadiendo pimienta a la olla sin hacerle el más mínimo caso.

Cuando llegaron a la puerta del despacho de Péter, Liza advirtió que la hoja estaba entreabierta y, sentado tras su mesa, el señor conversaba con el doctor Biró:

—Ya ves que ahora mismo está ocupado —dijo Liza—. No debes molestar a mamá, así que vente conmigo a la cocina o espera arriba con tus hermanitas y más tarde le preguntas a tu padre, ¿te parece? —intentó convencerla.

La niña asintió obediente, pero, en lugar de ir a la cocina o subir, decidió esperar a su padre tras la puerta entreabierta. A su corta edad no era capaz de comprender el alcance de las palabras que estaba escuchando, pero sí de percibir la preocupación en la voz de su padre:

—Sigue igual, Henrik. Casi no come, no se levanta, incluso le cuesta mantener su higiene personal... ella, que siempre ha sido tan cuidadosa y coqueta. Ya han pasado cinco meses, cinco, y casi no mira a ninguna de las niñas: ni a las gemelas ni a Mencía.

—Como ya te comenté, es normal en algunas madres sufrir una etapa de melancolía e indiferencia hacia su estrenada maternidad, aunque es cierto que no suele durar tanto. Vamos a darle un poco de tiempo: que vea a las niñas a menudo aunque ponga la excusa de que está cansada y asegúrate de que se alimenta bien, como siempre te digo.

—Desde el parto casi no ha bajado al salón. Lo poco que come lo hace en la salita de nuestro dormitorio y porque no he parado de insistir en que debe levantarse de la cama. Incluso yo almuerzo con ella allí mismo si me es posible escapar unas horas de la universidad con tal de asegurarme de que se levanta.

—¿Y come lo suficiente?

—Desde que lo hace sentada a la mesa en vez de en la cama, parece que come un poco más. No sé si porque le abre más el apetito hacerlo así o por no escucharme repetirle constantemente que debe alimentarse si quiere mejorar, aunque algunas veces me arrepiento de mis palabras.

—¿Arrepentirte por qué?

—Ayer, después de repetirle que debía comer si quería mejorar, me espetó: «¿mejorar qué?», «mejorar tu salud, Adéle, recuperar tus ganas de vivir», le contesté. Se quedó mirando ensimismada hacia el balcón y, como hablando para sí misma, dijo casi en un susurro: «¿qué alimento existe que te devuelva las ganas de vivir?». «El amor», le dije sin saber qué otra cosa responder, pero ella siguió mirando al Danubio como si todos sus pensamientos se escaparan fluyendo entre sus aguas.

Henrik vio cómo Péter bajaba la mirada intentando contener las lágrimas y tragaba saliva para evitar el nudo que le oprimía la garganta:

—Tengo miedo, Henrik, tengo mucho miedo.

—Te entiendo, Péter. Intenta hacer lo que te he dicho y dentro de unos días volveré a visitarla... si es que no me avisas tú antes, que espero no sea así. Si no mejora, tendrás que sopesar la opción de ingresarla una temporada en una clínica de reposo, ¿te lo has planteado?

—Ya lo hablé con mis suegros y no quisieron ni oír hablar del asunto, pero los días pasan y ella no mejora lo más mínimo. Jamás imaginé que algo así nos sucedería... éramos tan felices...

—Y volveréis a serlo, ten paciencia, aunque sé que es duro por lo que estáis pasando.

—Para mí es difícil reconocerlo, pero estoy comenzando a perder toda esperanza. Es como si estuviéramos perdidos en una cueva totalmente a oscuras...

—En todo hay una fisura, Péter, hasta en esa cueva de la que me hablas. Intenta buscarla y encontrarás la luz que te guiará a la salida.

—Lo intento cada minuto del día, pero ella parece no querer escapar de esa oscuridad.

Hénrik se levantó y lo abrazó intentando ofrecerle un poco de consuelo, el consuelo que, como amigo más que como médico, sabía que necesitaba. Al salir del despacho se toparon con Mencía, que esperaba impaciente para poder hablar con su madre:

—Claro que sí, ahora mismo vamos a ir a verla, tú, las hermanitas y yo, ¿te parece?

—Es que quiero pedirle permiso para salir a dar un paseo con Liza. ¡Hoy hace sol!

—¡Di que sí, pequeña, salir a pasear es una buenísima idea! —la animó el doctor Biró acariciándole el cabello.

Ambos caballeros se despidieron en el vestíbulo y padre e hija subieron al dormitorio a ver a Adéle. Cuando entraron, la enfermera acababa de llevar a las gemelas a que la madre, que se encontraba recostada sobre los almohadones de la cama, estuviera un rato con ellas.

—¡Qué agradable casualidad, si también están aquí Erika y Gréta! —dijo Péter intentando fingir una alegría que no sentía, pues la angustia le golpeaba cada vez que comprobaba la desidia de su mujer—. ¿No te apetece sentarte un poco en lugar de quedarte acostada, cariño?

Adéle, que ni siquiera los había mirado al entrar, volvió los ojos hacia él y le tendió las manos para que la ayudase a incorporarse en la cama. La enfermera le puso a las pequeñas en los brazos y ella las miró sin mostrar la más mínima emoción.

—Gracias, puede retirarse un rato hasta que la llame para recoger a las pequeñas —pidió Péter a la enfermera, que salió de inmediato contenta por librarse aunque fuese por unos minutos de sus obligaciones.

Las gemelas estaban muy recuperadas y habían puesto mucho peso. Ambas se miraban la una a la otra emitiendo gorgoritos, lo que hizo tanta gracia a Mencía que se animó a acercarse hasta ellas:

—¡Qué gorditas se están poniendo, se parecen a mis muñecos!

—Ya mismo podrán jugar contigo, ya verás —dijo Péter mientras sonreía a Adéle, que seguía mirando a las gemelas sin dejar evidenciar sentimiento alguno.

—¿Por qué no tienen pelito en la cabeza, papá?

—Porque son muy rubias, como mamá y yo. Tú en cambio eres morena como la abuela Aneska y ya tenías pelo cuando naciste.

Mencía se acercó aún más a las hermanas y, con delicadeza, les acarició las cabecitas. En ese momento, Adéle dejó de mirar a las gemelas para clavar los ojos en la niña:

—No vuelvas a tocarlas nunca más —le ordenó con frialdad.

La niña retiró la mano como si le hubiesen dado un latigazo y, con la barbilla temblando por la pena, argumentó tímidamente:

—Pero, si son mis hermanitas...

—¡No, no lo son!

Mencía pidió ayuda a su padre lanzándole una mirada suplicante.

—Sí lo son, mamá, salieron de tu barriga igual que yo, ¿verdad, papá?

Péter trató de hacer callar a su mujer con un gesto intuyendo el doloroso comentario que se proponía hacer, pero fue inútil:

—¡Ellas, ellas salieron de mi vientre! —casi gritó mientras las levantaba lo que pudo con sus brazos—. ¡Tú no saliste del mío, yo no soy tu madre!

La niña comenzó a llorar tímidamente y se agarró al pantalón del padre, como hacía siempre que buscaba su protección.

—Esto ya es demasiado, Adéle. Has perdido la cordura por completo.

—Al contrario: estoy más cuerda que nunca, ahora sé lo que es ser madre, ¡ahora! Estas niñas han salido de mis entrañas y son mis hijas, pero ella no lo es. ¡Es la hija de una miserable campesina!

Péter cogió a Mencía en brazos, entre los que la niña se acurrucó buscando el consuelo del cuello de su padre. Salieron rápidamente de la habitación y se dieron de bruces con Liza, que lo había escuchado todo mientras esperaba a la pequeña cerca de la puerta. El padre reclamó nervioso a la enfermera con una sonora

orden para que recogiese a las gemelas, pero Adèle comenzó a gritar asustando aún más a Mencía:

—¡Mis hijas se quedan aquí conmigo!, ¿me habéis oído todos?, ¡conmigo!

